


EL SANTUARIO

Luis Guillermo Lumbreras

Los pobladores locales, incluso los que viven en Abancay o en Curahuasi –en las riberas del río Apurímac– dicen que Choquequirau era el lugar donde se habían refugiado los últimos incas que salieron del Cusco después de la derrota del último rey del Tawantinsuyu –Manco Inca–, quienes resistieron durante cuatro décadas –entre 1536 y 1572– a los españoles, que ya se habían apoderado del Cusco, la capital del imperio.

Eso fue lo que escuchó Antonio Raimondi, el naturalista italiano que recorrió todo el Perú a mediados del siglo XIX, y ésa fue también la razón por la que este lugar despertó tanto interés en los viajeros que llegaban hasta esa región haciendo una larga y penosa travesía de varios días para alcanzar el paraje donde estaban las ruinas.

Lo que se veía entonces era muy poco: unos cuantos muros de tipo incaico, sin los bellos paramentos de estilo cusqueño, en medio de un bosque que lo cubría todo. El conde De Sartiges, aventurero francés de la época, fue a Choquequirau

en 1834. Luego de varios días de caminata, esperando hallar los supuestos tesoros que habrían dejado los incas de la resistencia, llegó al sitio con una gruesa compañía de campesinos locales e hizo lo que seguramente todos los viajeros hacían: cavar los pisos y romper paredes en busca de los tesoros:

«En mis proyectos para hacer excavaciones y levantar planos, no había contado con una de las consecuencias forzosas del abandono del terreno durante siglos: la vegetación que invade todo. No sólo las calles, sino las casas y las mismas paredes estaban cubiertas de plantas trepadoras. Imposible dibujar el conjunto de la ciudad... Hicimos despejar la plaza y los edificios... Mientras me ocupaba en dibujar las viejas casas de Choquequirau... mis coasociados excavaban en la tierra por donde quiera que creían reconocer huellas de algún entierro... nada se enterraba con ellos, ni vasos ni topos... Mis compañeros cavaron a través de una de las falsas puertas (nichos) de la gran muralla triunfal... detrás se hallaba la roca viva...»¹

¹ De Sartiges o Lavandais, transcrito por Aparicio, 1999: 198.

² Huertas, 1973.



Página anterior: los sectores Hanan y Urin de la ciudadela vistos desde el camino de piedra que lleva hacia el Ushnu.

Arriba y derecha: viviendas recién intervenidas al este de la ciudadela, tras la colina del Ushnu.

Sin duda, si alguna vez hubo tesoros, éstos fueron expoliados desde el siglo XVI. En aquella época ya se conocían los asentamientos incaicos de la región, cuya riqueza en oro –y otros secretos– se combinaba con el misterio que envolvía una clandestina y «perdida capital» de los incas rebeldes. Se conoce un documento de 1710 que menciona que «Chuquiquirao» es uno de cuatro «pueblos antiguos de la gentilidad» en la región de Vilcabamba –zona de refugio donde se instaló el gobierno de la resistencia– junto a Chuquitiray, Vilcabamba la Grande, «habitación principal del Inga», y un pueblo de plateeros del Inca. Todos ellos están mencionados en relación con el oro y la plata, y se afirma en el escrito levantado por don Juan Arias Díaz Topete que se «comprobó y calificó... ser ciertas las noticias que por antiguas tradiciones se tenían de las riquezas de estos parajes»². Carlos A. Romero, quien en 1909 hizo una minuciosa búsqueda de lo que se sabía sobre Choquequirau hasta entonces, indica que en 1768 ya existían referencias documentales sobre el lugar. No era, pues, desconocido, y la noticia de su existencia debió estar acompañada de la ambiciosa curiosidad de los aventureros.

Pese a lo poco que se veía, y pese también al hecho de no hallarse los tesoros esperados, es comprensible que la fama del sitio se mantuviera a lo largo de los siglos: el espectáculo de aquellas pocas muestras de arquitectura incaica era efectivamente impresionante. Léonce Angrand, un estupendo retratista, vicedónsul de Francia en el Perú entre 1834 y 1838, visitó las ruinas de Choquequirau e hizo un plano y ex-



